ODA AL MAR CANTABRICO Y OTROS POEMAS

DE

RAFAEL MORALES

Mar inmenso, con el cielo en tu fondo;
cielo convertido en borrasca,
en proceloso grito, en dolor y en mugido;
cielo que levanta oleajes de ira,
amenazas sin límite;
cielo profundo que del abismo brota.

Como un gran ángel de la muerte,
extiendes, mar, tu cielo enfurecido,
ala extensísima, membrana rugidora sobre tu
propia soledad,
sobre tu propio secreto inextinguible.

Como a un gran animal enfurecido,
te restallan las crines
y te brillan los vientos sobre el lomo.

¡Oh mar inaplacable!, ¿eres Satán o el Angel?
¿Eres el todo o la nada hecha ira?
A veces, de tu fondo, te sube una caricia,
un destello tranquilo de ternura,
y todo tú fulges como la piel de un niño,

como la suave mirada de una corza,
húmeda y fresca como yerba abrileña;
pero, de pronto, estallas como una inmensa estrella
de durísima luz, y en garras te levantas,
te yergues como un divino hachazo,
como una dentellada blanquísima de espuma.

Y entonces brillas, muges, te levantas y hundes
con un fulgor de increíble cuchillo.
Pero ¿qué buscas, mar, qué buscas?
Aun quieres más y más,
porque tú eres la nada que no se sacia nunca.

¡Oh cíclope sin forma, huracán prisionero,
ciego toro que quiere ser montaña,
ciega montaña que quiere hacerse vuelo!
Pero tu fondo es triste, inmensamente triste,
y tiene dulces valles donde no existe el ruido,
donde el silencio se desliza sobre opacas escamas,
donde la inmensidad eres tú mismo sin destino,
sin forma, ciego y sordo como los huesos de tus muertos,
como los blancos huesos de tus muertos.

Angel oscuro, inmenso, arrastras a tu paso,
con el frío aletazo de tu fondo,
esperanzas y sueños, ilusiones y odios,
espadas y cañones solitarios.
Porque en tu fondo hay esqueletos y corazones olvidados
donde sólo circula tu nada interminable.

Pero arriba, en tu cima,
donde tus olas, que se comban, se fingen grandes alas,
majestuoso vuelo azul sin forma,
eres alegre a veces, hermoso como un ángel,
y todo el universo te brilla en las entrañas,
porque en ellas arrastras el sol y las estrellas.

Te he visto cuando el alba nacía de tu espuma
y eras verde y tranquilo como el campo que ignoras,
cuando un lucero azul aun temblaba en tu fondo,
lágrima tuya que, lentamente, se apagaba en tu pecho.

Porque tú lloras, mar, yo sé que también lloras,
que eternamente gimes,
¡oh dulce y verde ángel sin destino!
Angel rebelde, sí; tremendo ángel rebelde,
pero que a veces te conviertes en niño,
en caricia dulcísima que en la piel se nos queda
temblando levemente,
y, allá en el horizonte, has abierto tus alas
como una inmensa pena que no se acaba nunca.

SERENA TRISTEZA

Como brotando de la tierra asciendes,
¡oh cuerpo mío!, torre de mi pena,
rosado tronco que a los vientos tiendes
mi sereno dolor, mi paz serena.

Y si mi vista por el campo extiendes,
recoges en mis ojos, tierna y plena,
la verde primavera, que en mí enciendes
con flores puras y con tibia arena.

Va muriendo la tarde en la llanada,
y agónica en mi sangre me la vierte
mi vista silenciosa y sosegada.

De muchas tardes, con su peso inerte,
se irá formando, bella y apagada,
en mi carne la carne de la muerte.

PAPEL

Aquí está blanco un papel,
fingida nieve cuadrada.
Desde mis ojos, callada,
baja mi alma hasta él.

Mi sangre roja y caliente
se prolonga en tinta helada
y aquí se queda parada,
de mi pasado, presente.

Mientras ella se desliza,
grito de mi carne abierta,
en el papel queda yerta
mi pasión, leve ceniza.

Aquí, en el papel que miro,
se va quedando mi vida.
¡Oh papel, tumba querida!
¡Monumento del suspiro!

DESTINO

A Faustino y María Teresa

Como el enjambre puebla su colmena
como un rumor de diminuto viento,
así mi corazón poblarse siento
con la abeja voraz de cada pena.

Y, amasando mis penas con mi llanto,
voy formando este hombre que ahora soy
y esta carne en que vengo y en que voy
por esta triste vida que amo tanto.

¿Adónde voy que mi dolor no lleve?
¿Adónde va la nieve sin blancura?
¿Qué campo no se moja si le llueve?

Dejadme con mi pena sin ventura,
si hombre nací, que mi pecado lleve
hecho mi propia carne y mi figura.

A LA CALAVERA DE MIGUEL DE UNAMUNO

Nada ya cabe en esta calavera
donde la pulpa del soñar vivía,
donde apresada la ilusión tendía
una rama feliz de primavera.

Nada ya cabe tras la frente fría,
hermana de la piedra y la madera,
donde ha tomado forma duradera
sólo la ausencia pálida y sombría.

Se secaron jardines de repente,
las alas se quedaron sin aliento
bajo el cielo pequeño de la frente.

Y ahora mana, sin voz ni pensamiento,
por los ojos desiertos, una fuente
de soledad y nada contra el viento.

CONSUMMATUM EST

Consummatum est. Et inclinato
capite, tradidit spiritum.
San Juan. C. XIX-V-XXX

Ya todo se ha cumplido,
mientras la tierra con tu sangre calas.
Y se oye tu gemido
cuando la vida exhalas,
abriendo en cruz tus brazos como alas.

¡Oh alas redentoras
tendiendo sobre el hombre un tibio vuelo
de sombras protectoras!
¡Oh águila del cielo,
aurora de la vida y las auroras!

Todo se ha consumado
sobre esa cruz de sólido madero
donde tú estás clavado
y donde yo me muero
de tanto que me quieres y te quiero.

Ya la tiniebla fría
pone venda a tus ojos lentamente
y, al par de tu agonía,
va brotando una fuente
de sangre que nos sacia eternamente.

El alba lacerada
de tu rosada piel quema y fulgura,
que, a golpe de lanzada,
brota de tu hermosura
la luz que de tu entraña nace pura.

«Todo se ha consumado»,
han sido las palabras que dijiste,
y el aire sosegado,
como una mano triste,
acarició los labios que moviste.

Y por el viento suave
tu negra cabellera se evadía;
pero, apresada ave,
tornaba triste y fría
y al alba de tus hombros se acogía.

Rafael Morales
José Antonio, 17
MADRID